

# Perspectiva antropológica del sufrimiento

## 1. La filosofía ante la cuestión del sufrimiento

Dolor o sufrimiento humano, se trata de una cuestión ineludible para toda comprensión filosófica sobre el hombre. En cierto sentido, la verdad del hombre entra en una profunda crisis ante su propio dolor. El sufrimiento humano reclama el planteamiento renovado de las cuestiones fundamentales sobre el origen, el sentido y el destino del hombre. La vida humana, a través del dolor, se halla en un estado de profunda indigencia, pendiente siempre de la exploración de la vía del sentido de su propia existencia. Ciertamente el mal quiebra la existencia del hombre. El pasado se recuerda tantas veces dramático; el presente se nos presenta angustioso; y el futuro se presagia incierto, dominado por un miedo que amenaza con apoderarse del alma humana y de su libertad. El ser humano tiembla con el dolor.

El hombre de todas las épocas, culturas y religiones se enfrenta permanentemente con la cuestión del sufrimiento, su verdad y su sentido, y en definitiva, con el drama concreto y real de su propio dolor. Cada ser humano parece nacer a la vida amenazada por el mal del sufrimiento, que en cualquier momento puede hacer acto de presencia en su existencia. Además, cada dolor es un prelude de la futura e ineludible muerte del hombre, de la humanidad, que consiste en el mal extremo y último de su vida. El hombre muere. La humanidad muere individuo tras individuo. La generación humana comporta tantas muertes como vidas generadas. En la tierra existen tantas cruces plantadas, como vidas ha visto nacer. El nacimiento anuncia trágicamente la muerte. La historia del hombre está sembrada de dolores “infinitos” y de “múltiples” muertes.

Ante la realidad dramática del sufrimiento humano, he querido afrontar la cuestión intelectualmente, tratando de realizar una reducción filosófica a su dimensión más profunda. Soy consciente que se trata de una cuestión especialmente ardua, y “dolorosa” para la inteligencia. Junto a la universalidad y lo personalísimo del dolor, afirmamos su profunda ininteligibilidad. Algunos autores contemporáneos insisten en este aspecto oscuro del dolor<sup>1</sup>. De ahí su enorme complejidad y su misterio permanente. Nos hallamos ante el *mysterium doloris*, de la misma manera que nos hallamos

---

1. Leonardo Polo afirma: “El tema del dolor presenta una especial dificultad. No se trata, en efecto, de un tema simplemente oscuro, rebelde a la investigación por su altura, por su complicación, o por la imposibilidad de traerlo a la experiencia inmediata; es algo más radical, a saber: que no cabe idea del dolor. El dolor es *simpliciter*, ininteligible” (L. POLO, *La persona humana y su crecimiento*, Eunsa, Pamplona 1996, p. 207). También Lévinas: El sufrimiento como tal sufrimiento no es más que una manifestación concreta y casi sensible de lo inintegrable, de lo injustificable. La ‘cualidad’ del mal es esta misma inintegrabilidad, si se nos permite usar este término: esa cualidad concreta se define por esta noción abstracta. El mal no es sólo lo inintegrable; también es la inintegrabilidad de lo inintegrable” (En Ph. NEMO, *Job y el exceso del mal*, Caparrós, Madrid 1995, p. 156). También Lévinas afirma que el sufrimiento es “lo inasumible y la inasumibilidad” (E. LÉVINAS, *Entre nosotros*, Pre-textos, Valencia 1993, p. 115).

ante el *mysterium hominis*. Quiero reconocer desde el principio los mismos límites de la razón ante la compleja realidad del sufrimiento. El sufrimiento consta de una significativa ambivalencia. Por una parte es patente y universal, pero por otra parte resulta personalísimo y concreto. El dolor tiene una gran carga emotiva y conmovedora. En este sentido es extremadamente comunicable. Pero si profundizamos en la persona, descubrimos su carácter incommunicable e intransferible. Es cada uno quien se enfrenta en una profunda soledad personal con su propio dolor. Soy consciente, por tanto, en un ejercicio crítico de la razón, que se trata de una cuestión enormemente compleja, ya que el problema es “mi sufrimiento”; “tu sufrimiento”; “el sufrimiento en el que no puede alzarse la libertad”; o “el sufrimiento que acarrea la muerte”.

Pienso que todo acercamiento a la problemática humana del dolor debe ser profundamente respetuoso, humilde y discreto. Pero considero, a su vez, que la razón no puede resignarse y renunciar a ello. Cuando Pilatos grita *Ecce homo* ante los hombres, pretendía la absolución del castigo ante el lamentable estado sufriente de Jesús, que encarna al hombre doliente de todos los tiempos. Sin embargo cabe interpretarlo como un profundo desafío filosófico a la humanidad: ¿Quién es el hombre que sufre? Al menos, debemos intentar responder a esta dramática y decisiva cuestión, tratando de entrever en medio de la oscuridad, alguna luz que pueda ser significativa para la comprensión de la verdad del hombre. Más todavía, cabe plantear si el sufrimiento constituye una clave hermenéutica para el conocimiento del ser personal. ¿La sombra tenebrosa del dolor que se cierne sobre el hombre, es su resignado crepúsculo, o bien, la aurora de una nueva comprensión del hombre? Quiero advertir, a su vez, que el único método posible es un método “doliente”, en el sentido de que sea un método adecuado y fiel a la verdad interior del sufrimiento<sup>2</sup>. Es un método que debe permanecer en el estado conmovedor del sufrimiento y que excluye toda tentativa metodológica de carácter racionalista. No pretendo “justificar” el sufrimiento, sino profundizarlo en su verdad<sup>3</sup>.

Quisiera también expresar en los primeros compases de este artículo una apreciación respecto al método. ¿Cabe inteligibilidad en el sufrimiento? ¿Dónde encontrarla? Pienso que la luz de la inteligibilidad del sufrimiento radica en el ser, en el ser personal, que es quien sufre verdaderamente, su sujeto propio. Esto exige racionalmente una perspectiva radical metafísica, que supone una metafísica del ser y de la persona. Pienso que el reto contemporáneo ante el dolor, consiste en su profundización metafísica. Tal perspectiva, trasciende e integra todas las demás vías de aproximación<sup>4</sup>, como pueden ser la cósmico-médica, la antropológico-fenomenológica y la ética. También existe, ciertamente, la vía teológica, y en concreto la vía místico-existencial<sup>5</sup>.

Por tanto, la pregunta por el sufrimiento es la pregunta por el ente. Se trata de una pregunta esencialmente metafísica, para la que no basta una respuesta de orden antro-

2. A través de las páginas de la obra de Kierkegaard, *El concepto de la angustia*, se aprende que sólo podemos comprender la angustia en la medida que nosotros seamos capaces, en cierto sentido, de angustiarnos. Pienso que este principio es completamente válido para afrontar con honradez la cuestión del sufrimiento.

3. En todo caso, lo que podemos esclarecer es la “justicia para la libertad” del sufrimiento. Pienso que la libertad constituye el centro neurálgico para una comprensión más profunda del dolor en el hombre.

4. Ha escrito Juan Pablo II en *Fides et Ratio*: “Un gran reto que tenemos al final de este milenio es el de saber realizar el paso, tan necesario como urgente, del fenómeno al fundamento. No es posible detenerse en la sola experiencia; incluso cuando ésta expresa y pone de manifiesto la interioridad del hombre y su espiritualidad, es necesario que la reflexión especulativa llegue hasta su naturaleza espiritual y el fundamento en que se apoya” (JUAN PABLO II, *Fides et Ratio*, Palabra, Madrid 1998, p. 114).

5. Es la vía transitada por Edith Stein en su obra póstuma *Ciencia de la cruz*. En la experiencia mística el sufrimiento tiene un protagonismo particular; denominado frecuentemente como cruz o noche:

pológico o ético, a pesar de su significativa e unitaria riqueza. La pregunta metafísica podría formularse de la siguiente manera: ¿Qué es el ente –el ser personal– en cuanto sufrible y sufriente? El sufrimiento demanda en su connotación un planteamiento de ultimidad y fundamento, y por tanto, metafísico.

A través del presente artículo pretendo realizar una primera consideración de orden antropológico, en vistas a hallar una cierta síntesis de afirmaciones, datos y problemas fundamentales, que me permita situar y orientar adecuadamente en la perspectiva metafísica, que considero última y decisiva para iluminar la cuestión.

## 2. *Comprensión filosófica de la realidad del sufrimiento*

A pesar de que los médicos puedan aportar una definición basada en los conocimientos neurológicos sobre el dolor que arremete en el paciente, la filosofía también debe aportar su definición sobre el sufrimiento.

Pienso que el sufrimiento siempre puede definirse como *mal* que el hombre padece pasivamente como verdadera privación en la integralidad de su ser propio y debido. Es patente la malignidad específica del sufrimiento para el ser humano. El dolor priva verdaderamente al hombre en su ser. Al respecto, quiero afirmar que no se trata de una deficiencia superficial, sino profunda, y por tanto con repercusiones netamente metafísicas. Es en este sentido, que en el fondo de todas las apreciaciones antropológicas que podamos hacer, late un cuestionamiento de orden metafísico. Todo intento de pensar el sufrimiento exige un esfuerzo por comprender metafísicamente el mal. Sabemos que la cuestión es difícil, y que pocas veces se ha afrontado en directo en la historia de la filosofía. Sin embargo, la tarea se hace necesaria si queremos de algún modo proseguir en la búsqueda de una luz de verdad y sentido en el sufrimiento.

Así, el sufrimiento en cuanto mal privativo, afecta a todas las dimensiones de la persona humana: física, psíquica y espiritual. No cabe parcelar el dolor. Todas las dimensiones se ven involucradas en la experiencia del sufrimiento. Con el dolor las diversas dimensiones humanas se comunican en la unidad última de la persona que sufre. Así podemos distinguir diversos tipos de sufrimiento, ya sea de un carácter principalmente espiritual, o bien psíquico, o ya sea físico. Sin embargo, la complejidad diversa de dolores converge en la experiencia única e ineludible del sufrimiento, que en último término es espiritual. Es la persona humana, el espíritu del hombre, quien sufre irrevocablemente. No existe sufrimiento espiritual que no sea físico, ni dolor físico que no sea de algún modo espiritual, es decir, recibido pasivamente como padecimiento en el espíritu. El dolor, sea cual sea, es angustia para el espíritu<sup>6</sup>. De hecho, el fundamento metafísico

---

6. Kierkegaard, en los albores de la filosofía contemporánea afrontó el sufrimiento espiritual de un modo completo, acuñando la noción de angustia. He podido realizar un estudio sobre la angustia en Kierkegaard, en el trabajo *El concepto de mal en 'El concepto de la angustia' de Sören Kierkegaard*. El filósofo danés comprende la angustia en el marco de la culpa del hombre. La filosofía existencialista desvinculó la angustia de la comprensión metafísica de la libertad y del pecado humano, sumiendo al hombre en una angustia desesperante. El pensador francés Philippe Nemo hace de la angustia el centro de su estudio sobre el sufrimiento. Lévinas también recupera la noción de angustia como noción clave antropológica, distanciándose de las posturas del existencialismo contemporáneo. Citamos a Lévinas: "La angustia, así entendida, no podría pasar por ser mero 'estado de ánimo', 'una forma de afectividad moral', simple conciencia de la finitud o un síntoma moral que precede, acompaña o sigue a un dolor que, a la ligera sin duda, llamaríamos físico. La angustia es el aguijón del corazón del mal. Enfermedad, mal de carne viva, senescente, corruptible, perecible y podredura: éstas serían las modalidades de la angustia misma; por ellas y en ellas, el morir es en alguna manera vivido, y la verdad de esta muerte resulta inolvidable, irrecusable, irremisible; en la imposibilidad de disimularse uno mismo su propio morir se triba la indisimulación misma y quizá el desvelamiento y la verdad por excelencia, lo de por sí abierto, el insomnio originario del ser; roedura de la identidad humana que no es un espíritu inviolable abrumado por un cuerpo

último de todo dolor humano radica en la naturaleza espiritual del hombre, como su condición metafísica de posibilidad. Más todavía, si el hombre sufre en cuanto hombre es porque es espíritu.

Así, aunque podemos dividir el sufrimiento según la dimensión humana en la que se origina, el sufrimiento es una experiencia en la que se provoca una síntesis metafísica de carácter patético –en cuanto experiencia pasiva de mal– y unificante de lo diverso. Es la totalidad única y diversa de la persona humana la que sufre.

En el sufrimiento se observa un dinamismo metafísico propio en el ser humano. Se trata de un movimiento antropológico ambivalente, que podemos denominar de exterioridad y de interioridad, por el que todas las dimensiones de la persona humana se ven involucradas al sufrir. Un sufrimiento originado en el espíritu, provoca manifestaciones en el orden psíquico, e incluso físico (dinamismo centrífugo de exterioridad). Todo sufrimiento comporta diversos fenómenos expresivos<sup>7</sup>, que configuran un rostro humano doloroso. Del mismo modo, un dolor originado por una lesión corporal, y por tanto de orden físico, provoca un sufrimiento más profundo de orden espiritual (dinamismo centrípeto de interioridad). La clave para comprender la integralidad del sufrimiento radica en su comprensión radical personal: es la persona quien sufre.

El fundamento espiritual del sufrimiento lo constituye como verdadera privación del ser espiritual del hombre<sup>8</sup>. Así pues, el dinamismo más específico del sufrimiento

---

percedero, sino la encarnación, con toda la gravedad de una identidad que en sí misma se altera. Henos más acá o ya más allá del dualismo cartesiano del pensamiento y de la extensión en el hombre. El sabor y el olor de podredumbre no se añaden aquí a la espiritualidad de un saber trágico, a un presentimiento o a una previsión cualquiera de la muerte, por muy desesperados que fuesen. La desesperanza desespera como dolor y mal de la carne. El mal físico es la profundidad misma de la angustia y, en consecuencia –Philippe Nemo lo muestra en los versículos de Job–, la angustia, en su agudeza carnal, es la raíz de todas las miserias sociales, de toda la derelicción humana: de la humillación, de la soledad, de la persecución” (Ph. NEMO, *Job y el exceso del mal*, Caparrós, Madrid 1995, pp. 154-155). Lévinas advierte el carácter espiritual –angustioso– del sufrimiento físico.

7. Ciertamente, los fenómenos expresivos del sufrimiento son de una enorme riqueza, llegando a configurar el rostro del sufrimiento. Basta contemplar el rostro del hombre que sufre. Ya sea el llanto, el gemido, el suspiro, la queja, el grito... o el silencio; la mirada de los ojos, el ritmo de la respiración, el movimiento de la cabeza, el tono de la voz, o la expresión de la misma cara. Todos estos caracteres físicos trazan el rostro del hombre que sufre. Son manifestaciones corporales del hombre doliente. Lo considera el filósofo francés Philippe Nemo, a raíz del expresivo libro de Job, que puede considerarse un verdadero tratado de la sintomatología del dolor: “Esta fenomenología de la angustia y del pánico se despliega en diversos registros. Ante todo, no es abusivo leer en varios lugares una alusión a las manifestaciones más somáticas de la angustia. Las lágrimas: ‘tengo la cara enrojecida de llorar’ (16,16 a); el jadeo de la respiración: ‘Por alimento tengo mis sollozos, y los gemidos se me escapan como agua’ (3,24); los latidos del corazón: ‘Mis venas no duermen’ (30,17 b). El sudor; quizás, o el vértigo: ‘Me levantas en vilo... una tormenta me hace fundirme en agua’ (30,22). Y aún, con gran crudeza, las entrañas: ‘Me hierven las entrañas y no se acallan’ (30,27 a). Aquéllas de entre las notas concretas que no hay que tomar al pie de la letra, como en este caso, no son sin embargo símbolos que señalen hacia algún trasumando desconocido. Son metáforas destinada a ceñir cada vez mejor el objeto que se trata de describir ‘fenomenológicamente’. Si para ello se precisa de metáforas, es que las palabras adecuadas, por un fenómeno inaudito, faltan” (Ph. NEMO, *Job y el exceso del mal*, cit., pp. 32-33).

8. Así lo expresa el Dr. Johannes Vilar: “El dolor es una resonancia cualitativa específica que, afectando en menor o mayor amplitud a toda la persona, el sujeto provoca cuando se siente amenazado en la integridad de su yo. Esta resonancia interior específica es una pasión especial del alma en la que vibra una postura de toda la persona. Esta pasión nace en el interior del hombre, tan pronto como éste se ve amenazado en su integridad psico-física y reacciona sufriendo. Los procesos corporales son sólo un pre-dolor. Pero éste es un movimiento que va desde dentro hacia fuera, y puede ser producido tanto si hay lesión corporal como si no. Así, toda diferencia entre dolor y sufrimiento es superflua: los dos existen dentro de la persona, son pasiones del alma” (J. VILAR, *El hombre y el dolor: una perenne contienda*, Servicio documentación Montalegre, n. 357, época 3ª, Barcelona, semana del 22 al 28 de julio, p. 16). El Dr. Vilar define el dolor en la perspectiva de su principio metafísico, que radica en el espíritu. Aprecia así, como todo sufrimiento es espiritual y desarrolla un movimiento “centrífugo” esencial de exterioridad.

es el centrípeto<sup>9</sup>. Efectivamente, el hombre en el dolor se profundiza a sí mismo, accediendo más profundamente a la verdad interior de su ser personal. Se produce una significativa interiorización del hombre, ya no como consecuencia del dolor, sino como momento específico de la misma patencia. No existe desfase en el dolor. El dolor humano interioriza en el hombre por su misma naturaleza maligna, pasiva y privativa.

Estas consideraciones sobre la “inmanencia” del dolor en la persona, nos permite comprender el sufrimiento como sensación, sentimiento, y como situación límite y crítica. La sensación se origina a partir del estímulo dolorígeno, explicable desde el sistema neurológico humano. Sin embargo más allá de la sensación, el dolor es un sentimiento del hombre<sup>10</sup>, es una verdadera pasión del alma comprensible en el interior de la afectividad humana. Y el sentimiento de dolor constituye a su vez una situación humana límite, difícilmente resistible, ya que el hombre que huye ante la amenaza del mal, se halla inundado sorpresivamente por él. En el sufrimiento el ser humano entra en la crisis particular del patetismo, ya no sólo por la patencia del mal, sino también por el sentido de la propia vida marcada, a veces de modo definitivo e irreparable, por el sufrimiento. La afirmación de la vida humana entra en crisis ante la negatividad del mal. Entonces la vida que es poseída gozosamente se trueca en una carga difícil de sobrellevar. La vida cobra tintes de muerte. Parece que la muerte se asoma en la vida del individuo como una sombra permanente de pesadilla. Además, el sufrimiento es una certeza ineludible de la existencia humana. El último dolor es el que prepara la muerte<sup>11</sup>. El hombre carga con su dolor. Muchas veces la situación se hace insoportable. El sufrimiento constituye una situación personal dramática caracterizada por la pasividad del mal<sup>12</sup>.

9. Lo considera el Dr. Pere Piulachs i Oliva (1908-1976), a propósito del estudio comparativo entre la experiencia placentera y la experiencia dolorosa: “Un hecho que marca una diferencia radical entre el dolor y el placer es la distinta reacción del espíritu en uno y otro caso. En el placer se produce un movimiento centrífugo, de expansión, que lleva a salir fuera de sí mismo. Traspasando sus propios límites, la individualidad se derrama y difunde por el contorno, su perfil va borrándose y acaba por perderse. El placer, a medida que aumenta, va perdiendo su contenido, su motivación y desemboca en una alegría sin referencia a un hecho concreto por el que el sujeto se alegre. Placer puro, pero vacío, como la brillante policromía de una burbuja de jabón, que encierra la pura vacuidad... De modo opuesto al dolor, el placer es estridente y bullicioso. En el placer el hombre se exterioriza, se proyecta hacia fuera, expone su intimidad y ésta, al airearla, se disipa, se vela. La intimidad, al volatilizarse, pierde lo que constituye su esencia, su específica cualidad, que es la reconditez. La intimidad deja de serlo al ser violada, profanando su sagrado recinto... En la pena se produce un movimiento centrípeto, de interiorización; el espíritu se retrae y se concentra. El que sufre en su alma, se aparta de todo y se repliega dentro de sí mismo; se ensimisma, penetra en su interioridad, en el *sancta sanctorum* que alberga el núcleo íntimo de la persona. A través de esta interiorización, de esta sumersión en la intimidad, el hombre va hallándose a sí mismo. Este encuentro muchas veces tiene carácter sorpresa, descubre su espíritu y le revela la oculta riqueza inexplorada de un caudal de virtualidades que duermen su latencia” (P. PIULACHS, *El sentido del dolor*, Madrid 1974, pp. 27-28). Resulta interesante la lectura íntegra de este discurso de ingreso en la Real Academia Nacional de Medicina de España.

10. Para la consideración del dolor como afecto o sentimiento, véase J. CHOZA, *Manual de antropología filosófica*, Rialp, Madrid 1988, pp. 221-231. Clasifica los sentimientos en: 1) sentimientos sensoriales del estrado somático; 2) sentimientos corporales y vitales del estrado somático-vital; 3) sentimientos del yo, del estrado psíquico; 4) sentimientos de la persona del estrado espiritual. Se aplica al sufrimiento: “De todas formas, para que la clasificación de los afectos propuestos no induzca a error, hay que decir que, aunque muchos afectos se puedan localizar en un lugar de la ‘cuadrícula’, no por eso quedan excluidos de otros, pues se prolongan a estratos más profundos o se integran a la vez con otros” (*Ibidem*, p. 230).

11. El filósofo Vladimir Soloviev llama a la muerte *el mal extremo*: “Este mal extremo es llamado muerte” (V. SOLOVIEV, *Los tres diálogos y el relato del Anticristo*, Scire, Barcelona 1999, p. 143).

12. Así la describe Leonardo Polo: “El dolor humano es, ante todo, una situación personal. El hombre está atenazado, entumecido, en el dolor; algo en su actividad existencial está quebrado y, paralelamente, inédito. El dolor como límite infranqueable es anulación de actitud; en tanto duele, en tanto otra cosa, precisamente mi ser, no se despliega, no se yergue. El dolor es grieta de la persona” (L. POLO, *La persona humana y su crecimiento*, cit., p. 251).

### 3. Configuración personal del sufrimiento

Quiero esbozar lo que he denominado una configuración personal del dolor. Efectivamente la persona metafísica queda característicamente configurada –con necesarias repercusiones metafísicas– como doliente, y por tanto, de modo significativo para el ser personal, que es el sujeto paciente del dolor. Antropología y metafísica no se pueden separar. La antropología del dolor demanda una metafísica del sufrimiento, que debe implicar necesariamente la metafísica del ser y de la persona, como anteriormente apuntábamos. En cierto sentido, el pensamiento del sufrimiento “revolucionaria” la comprensión metafísica<sup>13</sup>. Así pues, el dolor configura el *homo patiens*, en una experiencia única padecida en la integralidad del hombre –en el cuerpo, en la psique, en el espíritu–.

Esta configuración personal del dolor implica de manera significativa al cuerpo, a la conciencia, al tiempo y al yo.

El dolor tiene una clara componente corporal. La sensibilidad corporal refleja con agudeza el malestar del dolor. El dolor corporal es fuertemente rechazado por la persona, provocando una verdadera repugnancia. El cuerpo aparece ante la persona, en cuanto fuente de dolor, como hostil y degradado. La imagen corporal resulta nefasta. El crecimiento de la persona se resiente. La persona, respecto a su propio cuerpo se “descarna”, y respecto al cosmos del cual forma parte –se “desencarna”–. Y así, en la relación íntima existente en el yo respecto al cuerpo, se da la mínima distalidad<sup>14</sup> –en cuanto experiencia abarcante y profunda–; junto con la máxima posición excéntrica del sujeto –que lo rechaza absolutamente–.

La conciencia se configura como conciencia dolorosa. La conciencia humana –que pertenece a la humanidad– no puede ser ajena al dolor como permaneciendo en otra órbita. Todo lo contrario, también es alcanzada pasivamente por el mal, reflejando así el dolor, y generando la experiencia humana del sufrimiento<sup>15</sup>. Se trata de una

13. Con esto quiero indicar que el sufrimiento es “purificador” de la metafísica, en el sentido que toda la metafísica se pone en juego, siendo íntimamente juzgada –entra en crisis–, en su potencialidad para desenrañar la verdad profunda y compleja, y el sentido del dolor, que en último término, se revela como un problema metafísico. El ser personal sufre el no-ser del mal. Se hace necesaria una resolución metafísica. Por tanto la metafísica no puede ser indiferente al dolor. Debe salir, en cierto sentido, a su encuentro.

14. Es una noción utilizada por Egon Brunswiki: “Para comprender la naturaleza del dolor; Egon Brunswiki ha creado el concepto de distalidad. Por distalidad se entiende la distancia fenoménica entre un acontecimiento o un objeto y ‘yo’ o, simplemente, la ‘distancia de mí’ a que algo parece estar.. Y de ahí que quepa considerar a la ‘distalidad’ como el *quantum* de exterioridad a que se halla una cosa. Si tenemos que ordenar los sentidos corporales en relación con la distalidad y consideramos el dolor como una sensación corporal, vemos que la vista ocupa el primer lugar y el dolor el último. Si consideramos que la distalidad del tacto es algo superior a cero, la distalidad del dolor es menor que cero. Un corolario a esta distalidad negativa es el hecho de que el dolor difiere de las restantes sensaciones corporales, en que conlleva mucha menos información del mundo exterior. Nada nos dice acerca de la naturaleza de este mundo; la información aportada por el dolor se refiere a su localización dentro del organismo, y aun este hecho es discutible” (P. PIÛLACHS, *El sentido del dolor*, cit., p. 72).

15. Es fundamental el estado de la conciencia para constituir la experiencia sufriente: “Para que el estímulo doloroso revierta en vivencia de afectación dolorosa, el sujeto ha de hallarse en la plenitud de su conciencia reflexiva, ha de estar ‘en sí mismo’, presto a la receptividad. Pero, a veces, el hombre en vez de hallarse ‘en sí mismo’, se halla en posición excéntrica, fuera de sí. El hombre, que es el único ser con conciencia reflexiva, goza además, de la posibilidad de convertirse en espectador de sí mismo, cortando las amarras que atan su conciencia a su corporeidad. Para que el dolor revierta en sufrimiento, es esencial la existencia de una comunicación con la propia corporeidad. A través de la misma se establece el ‘ser afectado’ por el dolor. Cuando por sollicitaciones diversas, esta comunicación se interrumpe, el dolor falta. El hombre ‘fuera de sí’, el hombre extrañado, no puede tener dolor. Este extrañamiento del hombre, es como una visceración del yo, es un salir fuera, un separarse de la entraña; lo en-trañable se hace extraño. Su propio

experiencia de crisis de sentido para el hombre. Una crisis, que si permanecemos en toda la verdad del dolor, afecta tanto al fundamento como al destino, haciendo del sufrimiento una cuestión filosófica y existencial decisiva. El sufrimiento no es volátil sino corruptivo. Con el dolor el fundamento entra en crisis angustiosamente –se desvanece–; y el destino entra en crisis vertiginosamente –se extingue–. Lo que debemos debatir es en qué sentido y en qué medida. Para dar respuesta a este cuestionamiento necesitamos de un asiento metafísico. La antropología del sujeto y de la experiencia no tiene resortes suficientes para afrontar el sufrimiento. Entre otras cosas, el sufrimiento puede alcanzar límites que hagan imposible la misma experiencia humana, anegando la función perceptiva de la conciencia. Es entonces cuando el sufrimiento descubre su rostro más patético, y a la vez su rostro más metafísico. El sufrimiento es en último término patetismo personal<sup>16</sup>.

La experiencia dolorosa se caracteriza por una temporalidad propia, que podemos denominar tiempo pático<sup>17</sup>. El tiempo procede arduamente; en cierto sentido es un tiempo estancado y regresivo; un tiempo reactivo al futuro. La vida discurre lentamente, y el recuerdo del pasado o la proyección de un futuro ausente de dolor; a veces no hace más que agravar la carga de la propia existencia. Es el tiempo propio de una existencia dolorosa, marcada por el mal, forzada a soportar su terrible incidencia. El sufrimiento nos lleva a una concepción metafísica del tiempo (que trasciende su cronología física), fundada en la libertad creada del hombre, en cuanto ser de sentido, entre su principio y su fin.

Y así, el hombre experimenta el sufrimiento en lo más profundo de su ser, como sujeto personal: soy yo quien sufro, no otro, aunque el otro pueda sufrir conmigo en la experiencia dialogal y personal de la compasión. El sufrimiento es en cierto sentido único, intransferible e irreplicable. Es cada sujeto humano en su singularidad quien se enfrenta de modo dramático a su dolor. Aunque el sufrimiento se constituya como rostro doliente para los demás, y sea así comunicable y conmovedor para el otro, en último término permanece en la soledad íntima del propio ser personal.

Quisiera ahora aportar seis rasgos a partir de la configuración antropológica del rostro sufriente que resultan significativos para la reflexión entorno a la verdad metafísica del sufrimiento:

---

cuerpo se le ha hecho extraño, de modo que el corte o la quemadura sobre el mismo no trascienden la corporeidad y, por consiguiente, la impresión del ser-afectado-en-su-propio-cuerpo, no llega a ser recibida por el paciente" (*Ibidem*, p. 20).

16. Debemos atender al estado que podemos denominar de "patética apatía". Se refiere al sufrimiento extremo, que provoca un estado de trascendencia del sufrimiento. Se observa entonces que el sufrimiento comporta un dinamismo temporal y de naturaleza de carácter maligno y patético. Un ejemplo es el dolor que desemboca en un estado de coma. La filosofía debe analizar estos patetismos que pertenecen como momento interior al sufrimiento, aunque ya no pueda existir su experiencia. El sufrimiento deviene patetismo. Se hace necesario un planteamiento metafísico.

17. Así lo describe Piulachs fenomenológicamente: "Frente al tiempo objetivo existe el tiempo subjetivo, tiempo inmanente, tiempo de percepción, personal, que expresa la vivencia de duración de los hechos... Es el tiempo pático, que obedece a un reloj personal, interior, singular para cada individuo. Este tiempo marca el despliegue del ritmo vital. Hay momentos en que el tiempo se eterniza, hay horas que se hacen largas y horas que se acortan extraordinariamente. El dolor hace que el tiempo se sienta largo y desmesurado... Una hora agradable es rápida; una hora desagradable es lenta. Un dolor intenso hace el tiempo interminable. Como decía Federico el Grande: 'el dolor es una eternidad; la muerte un instante'. Los fenómenos vitales se hacen dentro de un tiempo que no es el *kronos*, sino que es un tiempo pático, tiempo de oportunidad o *kairós*... La palabra *kairós* significa oportunidad, en el sentido de momento propicio o adecuado, momento en que ocurren los hechos con una eficacia y una fecundidad óptimas, frente a otros momentos que podríamos llamar inoperantes o neutros... Cada vivencia tiene un ritmo temporal propio. La exacta adecuación de éste o aquélla es lo que da densidad a la vida. Hay vidas largas y vacuas; hay vidas cortas y llenas, densas, fértiles. Esta plenitud vital es adecuación vivencial del tiempo al quehacer" (*Ibidem*, p. 44).

Debemos tener en cuenta el problema de la conciencia en la experiencia del sufrimiento. Observamos que en casos de dolores algógenos puede cesar la función perceptiva de la conciencia. Y el hombre se encuentra en un estado sufriente. Más todavía, precisamente se pierde la conciencia debido al extremo del dolor. Es el caso del denominado estupor traumático<sup>18</sup>. Así el sufrimiento es una mal que puede provocar un estado patético que trascienda la misma experiencia.

Debemos considerar el factor del sujeto. Junto al dato objetivo del estímulo dolorígeno, existe un diverso y determinante posicionamiento subjetivo ante el mal que se padece<sup>19</sup>. Esto plantea la investigación sobre el modo de incidencia del sufrimiento en el sujeto personal y libre.

También debemos atender a las diversas patologías del dolor<sup>20</sup>, que demuestran no haber una correspondencia exacta entre dolor y sufrimiento. Así, el dinamismo dolor-sufrimiento se descubre como mal que debe ser analizado pormenorizadamente más allá de su diversa percepción.

Existe un íntimo dolor<sup>21</sup>, caracterizado por una intensa búsqueda por parte del

---

18. Se refiere Piulachs: "Cuando el estímulo algógeno es muy intenso, puede llegar a desbordar la capacidad receptiva del que lo experimenta, por sobrepasar los límites entre los cuales se desarrolla la actividad de los elementos algosensibles. En estas circunstancias, en vez de sentir el dolor, el paciente queda sumido en un estado de inconsciencia, que se denomina estupor traumático. El estímulo doloroso rebota, sin morder ni producir impacto. Es estupor traumático se produce en los casos en que el paciente se halla en un estado de agotamiento físico o psíquico, con profunda depresión, acorralado, en un clima de terror, de espanto, derrumbado, arruinado psíquicamente, sin consuelo ni esperanza. En estas ocasiones la sensibilidad se embota y pierde sus condiciones de receptividad" (*Ibidem*, p. 21).

19. "Incluso en un individuo normal, en determinadas circunstancias, un dolor o una pena puede no ocasionar sufrimiento; por ejemplo, en el individuo emborrachado en la entrega heroica de un acto sublime, o cuando la pena coincide con la consecución de un elevado ideal: la muerte de un hijo en un acto de heroísmo para salvar a la patria o la muerte de un ser querido mártir en defensa de la religión. En estas circunstancias el dolor puede mitigarse o contrarrestarse con la vertiente heroica de la noble acción. El estímulo dolorígeno, entonces, rebota sin producir el impacto de un proporcionado sufrimiento. A veces, incluso, llega paradójicamente a generar un sentimiento de satisfacción o de orgullo. Los ejemplos que acreditan estos hechos son múltiples y algunos muy conocidos" (*Ibidem*, p. 21).

20. Piulachs analiza: la insensibilidad congénita (Se trata de una insensibilidad al dolor que anula prácticamente su vivencia); la asimbolia al dolor (Se conserva la percepción del dolor sin que el individuo experimente el sufrimiento); la melancolía anestésica (Son enfermos que sufren por su apatía o incapacidad de sufrir); el sentimiento de vacío (Se trata del sufrimiento producido por causas que no son estrictamente dolorígenas). La fenomenología de la patología del sufrimiento nos aporta un dato importante para nuestro estudio. El sufrimiento en ocasiones parece "ocultarse" ante el dolor; en otras "manifestarse" más allá del dolor; y en otras "intensificarse" a partir del dolor. Véase P. PIULACHS, *El sentido del dolor*, cit., pp. 14-17.

21. Es muy interesante el texto siguiente: "Hay un dolor que no rechazamos y del que no huimos, un dolor que nos transporta a revivir momentos de nuestra vida que eran anuncio de felicidad. Es nuestro íntimo dolor. Es un dolor que se alberga en las reconditeces del alma, se alimenta de recuerdos, de lo que fue, revivido dolorosamente en el 'ya no', estela gloriosa y dolorosa de unos días que se vivieron alentando la felicidad de un sueño que nunca llegó a ser realidad. Es el dolor que acompaña el recuerdo de la muerte de un ser querido, la tristeza del fracaso amargo con la pérdida de una ilusión largo tiempo acariciada, el de un amor imposible o de un amor malogrado. Es el dolor de esos amantes que, como dice Unamuno, 'sufren su gozo y gozan su sufrimiento'. Es lo único que nos queda de aquello que fue tan amado y que ya no es, de lo que pudo ser el gran triunfo y que se convirtió en ceniza. Es la reliquia de lo más entrañable, su única referencia en este mundo. Por eso lo acariciamos y, guardándolo en el relicario del recuerdo, lo salvamos del olvido y gozamos sufriendo la plenitud de la ausencia que evoca. Buscando la soledad, la quietud y el silencio, el alma acude a la cita de nuestro dolor y se vierte y descansa en él. Es el dolor de la inconcebible melancolía que llena las horas de insomnio. Vamos rememorando hechos cuyo recuerdo nos despierta dolor. A pesar de ello nos complacemos en traerlos a nuestra memoria, en recrearlos con el pensamiento; es un goce dolorido. En la exacerbación de este dolor hallamos a veces refugio de alivio y consuelo. Nuestro íntimo dolor entra como ingrediente en dos sentimientos que Ortega y Gasset califica de dobles o tornasolados: la

hombre, que rechaza sino que lo rememora. El dolor parece convertirse en una vía específica de acceso a la persona.

Por otra parte, el movimiento de irradiación centrípeta converge en el núcleo interior de la persona, abriéndose el debate de cómo la persona padece el mal del sufrimiento.

Finalmente, en el sufrimiento se genera la cuestión del sentido de la propia existencia. Esto demuestra que la afectación humana del dolor es honda, revelándose como cuestión de fundamento.

#### 4. Emergencia de la persona en el dolor

Será el psiquiatra Víktor Frankl, el que pondrá de manifiesto a través de su larga experiencia psiquiátrica, de contacto con la enfermedad y el dolor, que existe una emergencia de la persona y una prevalencia de la libertad en el sufrimiento. Lo desarrolla en su *Lecciones Metaclínicas*, que pronunció los semestres de verano en la Universidad de Viena (1949-50), y que recoge bajo el título: *El hombre incondicionado*.

Frankl critica los diversos reduccionismos y pan-determinismos: biologicista, sociológico y psicológico<sup>22</sup>. Incluso en los casos límite de la depresión endógena y de las psicosis paranoides, Frankl afirma que cabe “una resistencia del espíritu”<sup>23</sup>. El hombre incondicionado es capaz de lógos y sentido en la enfermedad mental y en los máximos sufrimientos.

Pero incluso en las psicosis extremas Frankl reconoce “casos de paranoicos que han dado muerte a sus presuntos perseguidores y adversarios, llevados de sus ideas de persecución; y conozco casos de paranoicos que han perdonado a sus presuntos enemigos. Estos últimos no se dejaron llevar de su psicosis, sino que reaccionaron contra ella apoyándose en su humanidad. Y hay pacientes que sufren depresiones y se quitan la vida, mientras que otros superan los impulsos suicidas por amor a una causa o a una persona”<sup>24</sup>. Y así también está convencido “de que una psicosis como la paranoia, o una depresión endógena, es algo primariamente somatógeno; su etiología tiene la explicación última en la bioquímica. Por eso no hay motivo para extraer conclusiones fatalistas. Esas conclusiones no están justificadas ni siquiera en aquellos casos en que el sustrato bioquímico remonta hasta la herencia”<sup>25</sup>.

Ciertamente, el autor analiza cómo en la enfermedad la persona se halla en un estado de “impotencia”, “invisibilidad”, “ceguera” e incluso “inaccesibilidad”<sup>26</sup>. La enfermedad provoca que la relación instrumental y expresiva de la psique y el cuerpo respecto a la potencialidad libre de la persona se rompa<sup>27</sup>. La persona se oculta en la enfermedad. Su acceso queda trágicamente bloqueado. Sin embargo, la experiencia clínica del Frankl aboga por la posibilidad de un acceso terapéutico a la persona desde el espíritu.

---

ternura y la nostalgia. La ternura, de la que Joubert dice que es el reposo de la pasión, parece según Ortega y Gasset ‘una semilla de sonrisa que da el fruto de una lágrima’... ‘es -prosigue- por dentro, placer, y por fuera dolor’. ‘En el enternecimiento -añade- sentimos angustia precisamente por aquello mismo que nos causa placer’. En la nostalgia sentimos el dolor de encontrar a faltar algo que un día nos dio gozo; revivimos con el pensamiento el tiempo feliz en que poseíamos lo que ahora no tenemos y añoramos. Al revés de la ternura, dice Ortega y Gasset, la nostalgia es ‘hacia dentro, dolor, y hacia fuera, placer’” (*Ibidem*, pp. 41-42).

22. V. FRANKL, *El hombre doliente*, Herder, Barcelona 1994, p. 191

23. *Ibidem*, p. 135

24. *Ibidem*, pp. 193-194

25. *Ibidem*, p. 194.

26. *Ibidem*, pp. 186-187

27. *Ibidem*, p. 133

El autor insiste que la persona enferma debe comprenderse como la persona que tiene una enfermedad<sup>28</sup>. La enfermedad siempre es accidental respecto al substrato último personal. El espíritu humano trasciende el organismo psicofísico, según lo que él denomina un antagonismo psicoonóico facultativo<sup>29</sup>. Cabe una toma de posición personal ante el dolor, como aparece en el fenómeno del “dolor por el dolor”<sup>30</sup>. La libertad aparece como un factor radical e irreductible, decisivo para sobrellevar el sufrimiento<sup>31</sup>.

La psiquiatría da testimonio del hombre como un ser espiritual incondicionado, libre y responsable. Éste es el hombre enfermo, doliente; la persona que sufre. El mismo Frankl afirma en su concepción “metaclínica” de la persona<sup>32</sup>: “Hemos visto, sin embargo, que el hombre es más que el cuerpo y que el alma; hemos visto que es un ser espiritual. El hombre es algo más que el organismo psicofísico; es una persona. Como tal, es libre y responsable -libre ‘de’ lo psicofísico y ‘para’ la realización de valores y el cumplimiento del sentido de su existencia. Es un ser que se esfuerza en esa realización de valores y en ese cumplimiento del sentido. No vemos sólo su ‘lucha por la vida’, sino también su lucha por el contenido de su vida. Y el apoyo en esta lucha es quizá la tarea más noble del quehacer psiquiátrico. No rige el viejo lema de la ‘lucha por la existencia y la ayuda mutua’, sino el nuevo lema de la lucha por un sentido de la existencia y la ayuda mutua en la búsqueda del sentido. No aceptamos que el hombre esté dominado por la aspiración al placer o por un anhelo de poder; sostenemos que está animado, en el fondo, por un deseo de sentido. El deseo de poder sólo persigue la utilidad, el ‘valor para mí’; el deseo de sentido busca la dignidad, un ‘valor en sí’. El deseo de poder resulta ser un deseo de sentido degenerado... Señoras y señores: he tratado de ofrecerles como psiquiatra un testimonio de la verdadera imagen del hombre. Testimonio del hombre como un ser, no sólo condicionado, sino también incondicionado, del hombre como un ser que es algo más que su estrato corporal y su estrato anímico: del hombre como un ser espiritual, libre y responsable. También los psiquiatras podemos dar testimonio de esto. Ojalá así ayude a nuestros pacientes”<sup>33</sup>.

Los planteamientos de Viktor Frankl coinciden en la necesidad de tematizar la implicación de la libertad personal en la experiencia del sufrimiento. Debe plantearse así el sufrimiento desde la perspectiva personal de la libertad.

##### 5. Descripción de la patencia del dolor

Tras la configuración personal del dolor, quiero aportar la admirable descripción

28. *Ibidem*, p. 133

29. *Ibidem*, pp. 185-186

30. *Ibidem*, p. 182

31. El autor aporta dos ejemplos clínicos que reflejan el problema metafísico de la voluntad libre: 1) el de un psicópata esquizofrénico; y 2) el del hijo de un alcohólico con predisposiciones psicopáticas. Es interesante para confrontar la capacidad decisiva de la libertad humana ante un material humano marcado por el signo de la enfermedad. Véase pp. 188-189.

32. Frankl sostiene una visión de la persona como *unitas multiplex*: “Resumen: El *bios* presupone una *physis*, la *psyche* un *soma* y el espíritu un alma. Lo entitativamente superior presupone, pues, siempre algo entitativamente inferior. I. Pero ‘presuponer algo’ no significa ‘componerse de ese algo’. En este sentido hay que decir que el hombre –en el que lo espiritual presupone lo anímico y lo anímico presupone lo corporal– no se compone en modo alguno de lo corporal, lo anímico y lo espiritual; el hombre constituye una unidad y una totalidad corpóreo-anímico-espiritual. II. ‘Presuponer algo’, ‘tener algo como supuesto’ equivale a ‘estar condicionado por algo’. Pero ‘estar condicionado’ no es ‘ser causado’ o ‘ser determinado’. Cuando se dice que el hombre está condicionado como unidad y totalidad corpóreo-anímico-espiritual, hay que entender que está condicionado por lo psicofísico, ‘desde abajo’; y que a su vez es causado y determinado por lo espiritual, ‘desde arriba’” (*Ibidem*, p. 169).

33. *Ibidem*, pp. 191-192.

de la patencia del dolor realizada por el filósofo judío Emmanuel Lévinas<sup>34</sup>, en su fenomenología del sufrimiento. Pienso que Lévinas desarrolla su pensamiento detalladamente observando fielmente el fenómeno del sufrir.

Así define Lévinas fenomenológicamente el sufrimiento: “Una modalidad. Ambigüedad categorial de cualidad y modalidad. Denegación y rechazo de sentido que se impone como cualidad sensible; se da ahí, a modo de contenido experimentado, la forma en la que, en la conciencia, lo insoportable no puede soportarse, la forma del no-soportarse que, paradójicamente, es ella misma una sensación o un dato. Estructura cuasi-contradictoria, pero con una contradicción que no es formal como se produce en el intelecto entre lo afirmativo y lo negativo; contradicción en forma de sensación: dolencia del dolor, mal”<sup>35</sup>.

El sufrimiento es una modalidad ontológica, que siendo cualidad sensible experimentada, contradice como mal, en su forma de sensación, la conciencia del hombre y su mismo ser de sentido. Se trata de una contradicción esencial, en el mismo modo de ser del hombre.

Destaco ahora los rasgos fundamentales de la descripción del pensador judío:

*El sufrimiento es pese-a-la-conciencia.* “El sufrimiento es sin duda un dato de conciencia, cierto ‘contenido psicológico’, como la vivencia del color, del sonido, del tacto, como cualquier otra sensación”. El sufrimiento “se da pese-a-la-conciencia, como lo inasumible”. Tal inasumibilidad “no tiene que ver con la excesiva intensidad de una sensación ni con una demasía cuantitativa que superase la medida de nuestra sensibilidad y de nuestros medios de aprehender y captar”. La inasumibilidad es todavía más radical, como el mismo Lévinas anota: “se trata de un exceso, de un demasiado que se inscribe en el contenido sensorial, que penetra como sufrimiento las dimensiones de sentido que parecen abrirse o incorporarse”. Así el sufrimiento afecta tan profundamente al hombre, que afecta al mismo sentido del ser humano, al hombre como ser de sentido. Con el sufrimiento padece el sentido del ser del hombre. Por esto afirma Lévinas: el sufrimiento no es “únicamente un dato refractario a la síntesis sino la forma misma en la que tal rechazo se resiste a la unificación de los datos en un conjunto dotado de sentido”. Ahondamos en el contrasentido del sufrimiento, que es “lo que perturba el orden y, al mismo tiempo, la perturbación en cuanto tal. No solamente conciencia o síntoma de un rechazo sino el propio rechazo: conciencia contranatura, que no opera como ‘aprehensión’ sino como revulsivo”. “En su pese-a-la-conciencia, en su mal, el sufrimiento es pasividad”<sup>36</sup>. Importante afirmación. El sufrimiento es mal que se padece como pasividad. Ahora el filósofo judío matiza sus reflexiones entorno a la conciencia en el sufrimiento: “Tomar conciencia no significa aquí, propiamente hablando, tomar; no es un acto de conciencia, sino un padecer la adversidad; e incluso padecer el padecer, ya que el ‘contenido’ del que la conciencia dolorida es consciente es precisamente esta adversidad misma del sufrimiento, su mal”.

34. Me centro en el desarrollo sintético que hace Lévinas en su obra *Entre nosotros: El sufrimiento inútil. Fenomenología*, Pre-textos, Valencia 1993, pp. 115-119. Las tesis levinasianas se mantienen esencialmente en su artículo *Trascendencia y mal*, que fue objeto de una comunicación presentada el 10 de julio de 1978 en el VII Congreso Internacional de Fenomenología celebrado en París –en diálogo con el pensador francés Philippe Nemo-, y que encuentro en Ph. NEMO, *Job y el exceso del mal*, cit., pp. 147-164; especialmente p. 156. Las citas

35. E. LÉVINAS, *Entre nosotros*, cit., pp. 115-116. En el desarrollo siguiente, los entrecomillados sin cita pertenecen a la cita anterior.

36. *Ibidem*, p. 116.

*El sufrimiento es pasividad originaria de mal.* “Pasividad –es decir una modalidad– significa algo así como *quididad*, como el lugar en el que la pasividad significa originalmente, independiente de su oposición conceptual a la actividad”. Y añade: “Haciendo abstracción de sus condiciones psicofísicas y psicofisiológicas, en su pura fenomenología, la pasividad del padecer no es el reverso de una actividad, como sería el caso de un efecto correlativo a su causa, o como la receptividad sensorial correlativa a la ‘ob-stancia’ del objeto que afecta o impresiona”. No se trata de la pasividad contraria a la actividad, como “lo que se padece” frente a “lo que se realiza”. No: “la pasividad del sufrimiento es pasiva de un modo más profundo que la receptividad de nuestros sentidos, que es ya una actividad de acogida, que se hace toda ella percepción. En el sufrimiento, la sensibilidad es vulnerabilidad, es más pasiva que la experiencia. Exactamente un mal”. Se trata de una pasividad originaria, constitutiva y esencial, más pasiva que la percepción o la experiencia, que son “actividades” de acogida. En el sufrimiento hallamos la pasividad en su sentido originario: el padecer del padecer; la pasividad extrema, la esencia del mismo padecer. Es una pasividad única, en estado puro, de naturaleza metafísica. Este dato es un verdadero descubrimiento. Pienso que el análisis levinasiano es tremendamente acertado cuando afirma: “En rigor, el mal no puede describirse mediante la pasividad, sino que el padecer se comprende a partir del mal. El sufrimiento es puro padecer”. El sufrimiento es pasividad en cuanto que es mal, y en cuanto tal, es pasividad.

*El sufrimiento está más allá de la no-libertad.* Pero Lévinas todavía va más allá. La pasividad del sufrimiento tampoco es la adversidad contra la libertad humana –pasión de dominio totalitario y cosificante–, comprometiendo a la conciencia de sí, a la imagen del hombre, en su intento maligno de anti-humanismo. Tampoco “se trata de una pasividad que degradaría al hombre como un ataque a su libertad, pues el dolor la limitaría hasta el punto de comprometer la conciencia de sí y de no permitir al hombre, en la pasividad de su sufrir, más identidad que la de una cosa”. Dice Lévinas: “La humanidad del hombre que sufre se halla abrumada por el mal que la desgarrar, pero de un modo distinto a como le abruma la no-libertad; de un modo violento y cruel –imprevisible–, de forma más irremisible que la negación que domina o paraliza el acto en la situación de no-libertad”<sup>37</sup>. El sufrimiento es más pasivo que la pasividad en el estado de no-libertad. El sufrimiento es la pasividad misma del padecer, que se manifiesta desgarrada por el mal. El dominio supone el desprecio del hombre, la negación del otro, de la libertad y dignidad correspondientes a la persona. Sin embargo el sufrimiento en su estado puro no depende del otro, de lo que el otro pueda causarme, o hacerme sufrir. El sufrimiento permanece más allá como una realidad en cierto sentido intangible: es el sufrimiento que yo padezco. Es mi dolor. El dolor de mí mismo. Es libertad sufriente.

*El sufrimiento es negatividad (más negativa que el no-apofántico) hasta el sin-sentido.* Lévinas, con el detalle de la observación propia del fenomenólogo, se fijará en el *no del mal*. Tanto “en la no-libertad, o en el padecer del sufrimiento, lo importante es la concreción del no que emerge como mal y que es más negativo que cualquier no apofántico. Esta negatividad del mal es, probablemente, la fuente o el núcleo de toda negación apofántica. El *No del mal* es negativo hasta el sin-sentido”. El *no del mal*, ya sea en la culpa, como en el sufrimiento, es la negatividad en su sentido originario. De tal manera, que la negatividad de la malignidad, compromete de tal manera al ser, que fenomenológicamente se constata que alcanza el sin-sentido. La pasividad del mal contradice el mismo sentido del ser. Este dato fenomenológico, lleva a Lévinas a

37. *Ibidem*, p. 116.

afirmar que “todo mal remite al sufrimiento”. Es otra afirmación sorprendente. Todo mal conlleva un sufrimiento, que es el mal que se padece, de tal manera, que todo mal remite al sufrimiento. Es decir, no podemos afrontar la cuestión del mal, sin llegar a afrontar la cuestión del sufrimiento y de su sin-sentido. El mal que cometo es difícilmente explicable. Sin embargo, el sufrimiento que provocho, o el sufrimiento que padezco, arrastra hasta los límites del absurdo. Pero, ¿existe en él alguna comprensión de otro orden?

*El sufrimiento en sí mismo es inútil.* Con esta fuerza expresa Lévinas el sin-sentido del sufrimiento: “Es el estancamiento de la vida y del ser, su absurdo, el lugar en donde el dolor no viene a ‘colorear’ afectivamente –y en cierto modo inocentemente– la conciencia. El mal del dolor, su malestar, es como el estallido y la articulación más profunda del absurdo”<sup>38</sup>. El sufrimiento no es sentir un poco de dolor o un dolor desorbitado. Sería una visión precaria del sufrimiento. El sufrimiento nos lleva a los límites ilimitados del absurdo. La incidencia del mal en el sufrimiento es realmente penosa para el espíritu. Dirá: “Que en su fenomenidad propia, intrínsecamente, el sufrimiento sea inútil, que sea ‘para nada’, tal es lo mínimo que de él se puede decir. Y, sin duda, este fondo in-sensato que sugiere el análisis se ve confirmado por situaciones empíricas de dolor, situaciones en cierto modo puras, cuando se aísla en la conciencia o absorbe al resto de la conciencia”<sup>39</sup>. Lévinas se detiene en el campo empírico del dolor: “Bastaría, por ejemplo, extraer de las crónicas médicas algunos casos de dolores tenaces o rebeldes, neuralgias o lumbagos intolerables originados por lesiones del sistema nervioso periférico, así como la tortura que experimentan ciertos pacientes aquejados de tumores malignos”<sup>40</sup>. En los casos extremos de dolor se hace más patente la absurdidad del sufrimiento. “El dolor puede convertirse en el fenómeno central del estado de enfermedad”. Lévinas se refiere a las enfermedades dolorosas, “en las que la integración con los demás estados psicológicos no proporciona mejoría alguna sino que, al contrario, añade angustia y desamparo a la propia crueldad del padecimiento”. Lévinas va al extremo, a “los datos esenciales del dolor puro”, donde también se hallan estados intensamente oscuros de enajenación mental. Por una parte, “podemos evocar las ‘enfermedades dolorosas’ de los seres psíquicamente desheredados, marginados, disminuidos en sus relaciones vitales y en su contacto con los demás, y en este caso el sufrimiento, sin perder nada de su malignidad salvaje, no recubre ya la totalidad de lo mental y yace bajo una nueva luz y en horizontes nuevos”. Sin embargo “estos horizontes permanecen cerrados para los deficientes mentales”, que se encuentran imposibilitados para la relación, encerrados en su “puro dolor”, aislados en su demencia.

*El sufrimiento invoca éticamente el auxilio absoluto del otro.* Lévinas plantea la invocación ética que provoca el hombre doliente: la invocación de la curación médica y de la compasión humana. El rostro sufriente del otro me invoca éticamente. Tal invocación ética es absoluta, ya que la relación yo-tú, o la interrelación entre los rostros es asimétrica. Veamos cómo lo desarrolla Lévinas. Ante este estado puro de dolor, se presenta “el problema ético fundamental planteado por el dolor ‘para nada’: el problema ético inevitable y prioritario de la medicación que es mi deber”. Así lo plantea Lévinas: “El mal del sufrimiento –pasividad extrema, impotencia, abandono y soledad–, ¿no es al mismo tiempo lo inasumible y, también, merced a su no integración en un orden y en un sentido, la posibilidad de una curación y, más exactamente, aquella en la que tiene lugar un ruego, un grito, un gemido o un suspiro, demanda de ayuda originaria,

38. *Ibidem*, p. 118.

39. *Ibidem*, pp. 116-117.

40. *Ibidem*, p. 117.

petición de un auxilio curativo, un auxilio de otro yo cuya alteridad, cuya exterioridad promete la salvación?”. El sufrimiento –que es ruego, grito y gemido–, invoca la ayuda ética, el auxilio curativo, la actividad médica, como categoría antropológica y ética originaria: “apertura originaria al auxilio en la que se impone –a través de una demanda de analgesia más imperiosa, más urgente en su clamor que toda demanda de consuelo o de aplazamiento de la muerte– la categoría antropológica primordial, irreducible, ética, de lo médico”<sup>41</sup>.

*El único sentido posible del sufrimiento es el sufrimiento por el sufrimiento inútil del otro.* El sufrimiento se abre originariamente al orden interhumano. Lévinas afirma: “En lo interhumano se dibuja un más allá del sufrimiento puro, intrínsecamente insensato y condenado, sin salida a sí mismo”. Lévinas para iluminar el sentido recurre a su propia experiencia del sufrimiento, vivida como sufrimiento por el sufrimiento inútil del otro: “El sufrimiento del sufrimiento, el sufrimiento por el sufrimiento inútil de otro hombre, mi justo sufrimiento por el sufrimiento injustificable de los demás, despeja la perspectiva ética de lo interhumano sobre el sufrimiento”. El autor concluye su análisis fenomenológico sobre el sufrimiento, con el siguiente texto, en el que distingue “el sufrimiento en otro” y “el sufrimiento en mí”: “En tal perspectiva se establece una diferencia radical entre el sufrimiento en otro, allí donde él está, que es imperdonable para mí y que me solicita e invoca, y el sufrimiento en mí, mi propia aventura del sufrimiento en la que su inutilidad constitutiva o congénita puede adquirir sentido, el único sentido del que es susceptible el sufrimiento: convertirse en sufrimiento por el sufrimiento –incluso inexorable– de otro. Esta atención prestada al sufrimiento de otro, que a través de las crueldades de nuestro siglo –a pesar de las crueldades y a causa de ellas–, puede afirmarse como el nudo mismo de la subjetividad humana a punto de erigirse en un supremo principio ético –el único incontestable– y de gobernar las esperanzas y el disciplinamiento de grandes agrupaciones humanas”<sup>42</sup>.

La fenomenología levinasiana resulta muy interesante para la resolución metafísica sobre la verdad y el sentido del sufrimiento. Sin embargo, considero su interpretación ética, limitada. Ciertamente la apertura radical del sufrimiento a la persona del otro es una clave hermenéutica fundamental para el sentido del sufrimiento, sin embargo, no resuelve la pregunta y reflexión por el sentido de cualquier sufrimiento, en mí o en el otro, o del sufrimiento por el otro, compasivo, y hasta cierto punto, “dotado de sentido”.

Pienso que la perspectiva fenomenológica debe dejar paso a la perspectiva metafísica. El mismo Lévinas lo advierte en su tratamiento, cuando se sitúa ante el dolor inútil e injustificable reconociendo su desafío ético y religioso: “Se trata de una atención y de una acción que incumbe a los hombres –a su yo– tan imperiosa y directamente que no les es posible sin el testimonio de un Dios omnipotente”<sup>43</sup>. Permanece la pregunta radical metafísica por la verdad y el sentido del sufrimiento: ¿Qué es el sufrimiento?; ¿por qué el sufrimiento? El sufrimiento continúa como misterio para el hombre en su verdad, y en su sentido.

## 6. Conclusión de la perspectiva antropológica sobre el sufrimiento

Los diversos datos clínicos, fenomenológicos y antropológicos de los análisis precedentes, nos conducen a afirmar que el sufrimiento es mal padecido por el ser personal. Se trata de profundizar en el ser personal en cuanto “pasible” y “sufriente”.

41. *Ibidem*, pp. 117-118.

42. *Ibidem*, pp. 118-119.

43. *Ibidem*, p. 119.

Se observa cierta paradoja en el sufrimiento. Por una parte la máxima inmanencia del sufrimiento en la persona. Por otra, la máxima trascendencia de la persona en el sufrimiento. Pienso que esta apreciación se debe a la realidad del ser espiritual del hombre, que demanda ser profundizada ulteriormente mediante una perspectiva metafísica.

En conclusión, afirmo la malignidad del sufrimiento. El sufrimiento es un mal verdadero que afecta profundamente al ser humano en todas sus dimensiones: física, psíquica y espiritual. Ésta es la verdad originaria de la cual no podemos prescindir en la tentativa de fundar una reflexión metafísica sobre el sufrimiento.

Sintetizo la perspectiva antropológica en tres afirmaciones: la integralidad del sufrimiento de la persona; la pasividad radical del sufrimiento en el ser; la trascendencia incondicional de la libertad personal ante los condicionamientos dramáticos del dolor.

DR. IGNASI FUSTER  
*Universitat Ramon Llull*